

PAMPLONA, CIUDAD-FORTALEZA

(Artículo publicado en el número 33 –Pamplona, Plaza Fuerte (I)-de la Revista Navarra de Cultura Pregón Siglo XXI)

La consideración de Pamplona como una “Ciudad-Fortaleza” está en su propio origen, ya que se funda por motivo de su situación estratégica como plaza militar, al implantar Pompeyo en el invierno del año 75 al 74 a. C. su campamento en el entorno de su actual Catedral.

A lo largo e su historia, Pamplona ha sido considerado como un enclave estratégico para dominar los pasos desde Francia a través del Pirineo Occidental hacia Aragón y La Rioja, por lo que, salvo en algunos momentos concretos, ha estado siempre fortificada.

Su singular ubicación, con un importante desnivel natural hacia el Norte y el Este, hizo fácil su defensa hacia esos frentes, pero no tanto hacia el Sur y el Oeste. Por ello, la evolución histórica de la ciudad es en gran medida la historia de la intervención en sus murallas, en un continuo proceso de construcción, mejora, transformación, y, también de destrucción.

Este carácter de “fortaleza” ha definido su historia, su proceso de transformación, su actual estructura urbana y la mayor parte de sus valores, pero también algunos de sus actuales problemas.

A partir del primer asentamiento romano, la extensión de la ciudad en ese lugar, dio lugar a la configuración del núcleo más antiguo en lo que hoy es la Navarrería. En el siglo XI, también por esa ubicación estratégica, con la consolidación de la Ruta Jacobea, cuando Pamplona adquiere un papel fundamental como ciudad de acogida o albergue de peregrinos, lo que atrajo a un gran número de comerciantes y artesanos que pronto intentaron asentarse fuera de los muros de la ciudad.

Se inicia así la construcción de un nuevo Burgo en Pamplona, habitado fundamentalmente por comerciantes franceses. Paralelamente, se inicia la construcción de otro segundo Burgo, al Sur del primero, separado de éste por un foso.

A partir de ese momento coexisten en lo que debiera ser una sola ciudad, tres ciudades distintas con sus murallas diferenciadas: la ciudad de la Navarrería, el Burgo de San Cernin y la población de San Nicolás.

Sus murallas servían de defensa pero, sobre todo, definían los límites de cada uno de sus núcleos. Los distintos orígenes e intereses de cada uno fueron motivo de continuos enfrentamientos, hasta el punto de que la ciudad fue totalmente destruida y posteriormente reconstruida con su actual trazado.

Las diferencias fundacionales entre la ciudad de la Navarrería, del Burgo de San Cernin y la población de San Nicolás, fueron resueltas en 1423 al promulgarse el Privilegio de la Unión, conformando una sola ciudad y un único recinto amurallado, que quedó finalizado a mediados del siglo xvi, convirtiéndose Pamplona en plaza militar.

La planta de Pamplona era un rectángulo amurallado de trazado irregular apoyado en el borde Noroeste de la meseta, asomando a la escarpadura sobre el río Arga. El ángulo Suroeste quedaba en el centro de la meseta y allí se estableció la Ciudadela.

Pamplona mantuvo el concepto de plaza militar hasta los primeros años del siglo xx. Las fortificaciones y esa condición perduraron, a pesar de todo, cuando ya no tenían justificación.

De ser parte integrante de la ciudad medieval, las murallas habían pasado a constituir un elemento autónomo y ajeno, y a significar, después el obstáculo que limitó el ensanche que la ciudad necesitaba.

Fue a principio del siglo xx cuando se produjo esa expansión de la ciudad hacia el sur, con la definitiva rotura de la muralla. Esta actuación, hoy de fácil crítica por sus consecuencias históricas, artísticas y urbanísticas, supuso en su momento una liberación, un gesto de modernidad.

En todo caso, esta evolución histórica manifiesta la pugna que siempre ha existido, en ésta y en todas las ciudades, por adecuar su estructura urbana a las necesidades de cada momento.

Especialmente significativo es aquel difícil momento en el que se encontraba la ciudad en el año 1884, cuando desde el Ayuntamiento de Pamplona, con motivo de la construcción del primer Ensanche, se solicitaba al rey Alfonso XII, entre otras medidas, “la demolición total de las murallas que actualmente circundan la ciudad, puesto que vendrán a ser inútiles según el proyecto que se supone de inmediata realización, de transformar las fortificaciones que por esta parte del Pirineo constituyen la primera línea de defensa del territorio.”

Y se añade:” Si no fuera posible otorgar desde luego la demolición total, cuando menos la demolición de la cortina que forma el frente de San Nicolás o de la parte necesaria para que la población pueda extenderse libremente por el sudeste”.

Y también:” La demolición de la Ciudadela o al menos de la parte que mira a la ciudad, de suerte que cegado el foso que separa a aquella de ésta, pueda edificarse sobre el mismo y sobre lo que hoy es glacis interior; cediendo a este municipio los terrenos que resulten libres.”

Resulta sorprendente en este momento esta petición. Pero no debemos olvidar que, tal como se justificaba en la petición, existían razones tan poderosas como la elevada mortandad derivada de las condiciones de hacinamiento que producía la imposibilidad de extender la ciudad más allá de las propias murallas.

Afortunadamente se trata de tiempos pasados y, afortunadamente también, Pamplona mantiene gran parte de sus rasgos distintivos como “Ciudad Fortaleza”. Su trazado y su conjunto amurallado, que se conserva aproximadamente en sus tres cuartas partes con un hermoso recorrido de casi cinco kilómetros, manifiestan con nitidez la evolución de la ciudad a lo largo de su historia.

Conocida esta realidad, para quienes creemos que es posible la revitalización de nuestras ciudades históricas sólo nos queda actuar con decisión para dotarlas de unas adecuadas condiciones funcionales, que posibiliten su utilización por los ciudadanos preservando al mismo tiempo los elementos de valor cultural que las caracterizan. Ni podemos ser cómplices de la destrucción de nuestro patrimonio cultural ni espectadores de la progresiva pérdida de vitalidad de nuestras viejas ciudades.

Debemos partir de que el conjunto amurallado es un espacio que trasciende de su propio interés arquitectónico o histórico. El respeto de esos valores se da por hecho. El interés real de las murallas se encuentra en su papel dinamizador. En aprovechar las oportunidades que nos brindan.

Por eso desde nuestra ciudad se trabaja a partir de un plan concreto de actuación sobre el conjunto amurallado y su entorno.

Por un lado, se han realizado actuaciones específicas para su restauración material, sobre todo en su frente norte (Frente de Francia) y Ciudadela. Se ha reconstruido el Portal de la Taconera, reformado el pasadizo del Porta Nuevo y consolidado los muros del Baluarte del Labrit. Además, se va a seguir actuando de inmediato por el frente del Baluarte de Gonzaga.

Pero también se han adoptado medidas más ambiciosas, como la de mejorar e incluso recuperar el recorrido a lo largo de la muralla, para que penetrando desde ella se origine una tensión dentro-fuera alternativa a su conexión con la ciudad por el suroeste.

Esta visión de los recorridos sobre la Muralla como elemento vertebrador del Centro Histórico, como alternativa a su borde sur se asienta, indudablemente, sobre la base de su interés paisajístico y medioambiental.

En esta línea de trabajo se ha reurbanizado la Ronda del Obispo Barbazán y el Redín-Caballo Blanco; el Paseo de Ronda, el Parque de la Media Luna y la Ciudadela; y el entorno del Archivo General de Navarra, lugar en el que, en este momento, se está urbanizando el paseo sobre la muralla para recuperar la continuidad históricamente perdida en este punto.

La revalorización del recorrido se complementa con la dotación de comunicaciones desde puntos externos al propio casco, desde los barrios del norte de reciente construcción y que todavía se encuentran en fase de desarrollo. La actuación más importante de las realizadas para posibilitar la accesibilidad al conjunto amurallado y, por ello, al Casco Antiguo, es la conexión entre la prolongación de la calle Descalzos y el barrio de la Rochapea mediante la implantación de unos elevadores bajo la muralla.

La potenciación de este recorrido va acompañada de otras medidas necesarias para impulsar la actividad edificatoria y la implantación de nuevos usos, capaces de generar esa operación “tirón” de dentro hacia fuera que invierta la tendencia actual del desarrollo de las obras de rehabilitación en su límite suroeste.

En esta línea, los elevadores van acompañados de la construcción de un edificio rotacional público; se ha recuperado el Palacio del Condestable, también para uso público; y en la zona de Descalzos se ha impulsado un ambicioso plan de vivienda, del que se empiezan a ver los primeros resultados.

Todo ello sin olvidar que está ya muy avanzada la reurbanización total del Casco Antiguo, con una actuación integral sobre las infraestructuras y con la implantación de una galería de servicios. En este momento se están ultimando las gestiones para implantar la recogida neumática de basuras en el interior de esa galería.

La otra gran actuación, a mi juicio ejemplar por el equilibrio que se ha conseguido entre la protección y recuperación del Patrimonio Cultural y la implantación de nuevos usos acordes con las necesidades actuales, es la construcción de la nueva Estación de Autobuses en los Glacis de la Ciudadela. Con ella se ha conseguido, al mismo tiempo, recuperar la integridad arquitectónica del conjunto e implantar en un lugar central de la ciudad una dotación muy importante.

Se han acometido muchas actuaciones, pero quedan también muchas por hacer, porque nuestro Patrimonio Cultural y los ciudadanos así lo exigen.

Queda por ejecutar el Centro Temático de los Sanfermines, para cuya ubicación se ha tenido especialmente en cuenta su proximidad al conjunto amurallado, en el entorno del Baluarte de San Bartolomé. Y también la conexión junto a este edificio del Parque de la Media Luna con la Ronda Barbazana. Y el tratamiento de las Huertas de Santo Domingo, en las que se va a construir un aparcamiento en el subsuelo, un polideportivo y se va a completar el recorrido del Paseo de Ronda. Además, también debe realizarse otra conexión peatonal con el recorrido de la muralla, mediante una amplia plaza, en el lugar que hoy ocupa la guardería de Descalzos.

Para la ejecución de estas actuaciones se han iniciado ya los primeros trámites y es de esperar que pronto sean una realidad.

Todas las actuaciones, las ya realizadas y las que quedan por hacer parten del hecho de que se está actuando sobre Bienes declarados de interés cultural (BIC), tanto en lo que respecta al Casco Antiguo como a las Murallas y a la propia Ciudadela, lo que supone un reto importante por la exigencia que ello conlleva para garantizar la calidad de su arquitectura a partir de la apuesta por un diseño actual en un entorno histórico.

Como conclusión de todo lo expuesto, puede afirmarse que las acciones realizadas se basan en la salvaguarda de los valores culturales de los lugares en los que se actúa y en su utilización y adaptación a las necesidades actuales de la sociedad. Lo que el Consejo de Europa, en su Carta del Patrimonio Arquitectónico de 1975, define como Conservación Integrada del Patrimonio:

“Por un lado, conservación física del conjunto y de cada una de las edificaciones que la componen, restaurando sus elementos si es preciso, pero integrándolo en su entorno físico y en sistema de vida de la sociedad actual, integración que sólo es posible mediante la revitalización de sus monumentos, asignándoles una función, posiblemente diferente a la original, pero compatible con su dignidad y la rehabilitación de los edificios, en especial los de vivienda, renovando sus estructuras internas y adaptándolas a las necesidades de la vida moderna.”

El Conjunto Amurallado, símbolo de Pamplona como “Ciudad-Fortaleza”, de enorme valor patrimonial, declarado Bien de Interés Cultural y que ofrece unas enormes posibilidades de intervención y de albergar actividades de importancia, está siendo uno de los motores básicos para la Conservación Integrada del Centro Histórico y, por extensión, de toda la ciudad.

LAS MURALLAS Y LA CIUADELA DE PAMPLONA

(Artículo publicado en el número 34 –Pamplona, Plaza Fuerte (II)-de la Revista Navarra de Cultura Pregón Siglo XXI.

Autor: D. Juan José Martinena Ruiz.)

En época medieval, los distintos Burgos en que entonces se hallaba dividida la ciudad estaban defendidos por sus propios recintos, construidos a base de muros de piedra almenados, con torreones de planta cuadrangular situados de trecho en trecho. Conocemos los nombres y el emplazamiento de algunas de estas torres como la del Molino, la Tesorería o la Tejería en la ciudad de la Navarrería; la de María Delgada, la Torre Redonda y la de San Nicolás, en la población del mismo nombre, y la Torre del Rey, la de San Llorente, la de la Rocha y la de la Galea, en el Burgo de San Cernin. Con posterioridad al año 1423, en que Carlos III el Noble otorgó el privilegio de la Unión, unificando las tres poblaciones en un solo municipio, quedaron terminadas las murallas exteriores, fortificándose en distintos lugares en que estaban abiertas. Paralelamente, se fueron cegando los antiguos fosos de separación interior y construyendo casas apoyadas en los muros que quedaron inútiles militarmente, pero que no se demolerían hasta 1535-40.

Tras la conquista de Pamplona por las huestes del Duque de Alba en julio de 1512, Fernando el Católico mandó erigir un nuevo castillo de planta cuadrangular, con muros en talud terraplenados hacia el interior y recios torreones cilíndricos en las esquinas, preparado ya para el empleo de la artillería. Quedó entonces sin uso otro más pequeño que hizo levantar el rey Luis Hutín entre los años 1308 y 1310, que ocupaba una parte de la actual Plaza del Castillo. En esta segunda fortaleza caería herido en 1521 el gentilhombre Iñigo López de Oñaz, mas tarde conocido como San Ignacio de Loyola, defendiéndola contra las tropas franco-agramontesas mandadas por Asparrós.

OBRAS EN TIEMPOS DE CARLOS V

Durante el reinado de Carlos V se llevaron a cabo considerables obras de mejora en el recinto, para adaptar las antiguas murallas medievales a las nuevas técnicas de la guerra, especialmente al empleo de la artillería, que revolucionó los sistemas de ataque y defensa de las plazas fuertes. Hacia 1530 se construyeron los nuevos baluartes o bastiones de Labrit, en la antigua torre sobre el molino de Caparros, y del Redín, en la torre de la Tesorería, que todavía se conservan, y se fortificó el antiguo Palacio de los reyes, desde 1539 ocupado por los virreyes. En la zona del Burgo se erigieron los de Santa Engracia y San Llorente, que fueron demolidos a finales del mismo siglo XVI, y en la parte de la población de San Nicolás, el de la Torredonda, que absorbió en su planta las dos torres del mismo nombre. De este último aparecieron algunos restos y una lápida con su inscripción a raíz de las obras de cimentación del actual auditorio y palacio de congresos, bautizado como Baluarte, nombre a todas luces inadecuado para una dotación cultural. Como complemento de estas mejoras, en 1533 se abrían dos

nuevos portales: el de Francia y el de la Rochapea, siendo virrey don Beltrán de la Cueva, Duque de Albuquerque. El Portal de Francia –al que en el sigloXVIII se le añadió una puerta exterior con su puente levadizo- conserva todavía su antiguo arco escarzano con las rozas por las que descendía el rastrillo y sobre él un escudo con las armas imperiales y una pequeña inscripción, en la que se lee:

ANO 1553. DVCE BEL
TRANO ALBURQVE
RQVE PROREGE

Otra inscripción idéntica, con su correspondiente escudo, que antes estuvo en el desaparecido Portal de la Rochapea, derribado en 1914, puede verse hoy en una de las dos airosas torres que flanquean el Portal Nuevo, reconstruido por Víctor Eusa con carácter monumental en 1950, que da entrada a la carretera de Guipúzcoa.

LA CIUDADELA Y LAS NUEVAS MURALLAS DE FELIPE II Y SUS SUCESORES:

Durante el reinado de Felipe II tuvo lugar la radical transformación del recinto amurallado de Pamplona, a raíz de la construcción a partir de 1571 de la nueva ciudadela pentagonal proyectada por Giacomo Palearo, llamado el Fratín. El ingeniero se inspiró en la de Amberes, ideada por Paciotto de Urbino, y los cinco baluartes fueron bautizados con los nombres de San Antón, el Real de San Felipe, santa María, Santiago y la Victoria. En su interior contaba con capilla, cuarteles, almacenes, horno, polvorín y otras dependencias que se fueron ampliando o añadiendo en los siglos XVII a XVIII. En la obra de muros se empleó la piedra de la vieja fortaleza de Fernando el Católico, que fué inutilizándose paulatinamente hasta su total desaparición.

La construcción de la Ciudadela en su actual emplazamiento y su conexión con las murallas de la ciudad exigió el trazado de dos nuevos frentes fortificados, que encerraban en su interior el antiguo campo de la Taconera, hasta entonces extramural, incluyendo el actual Paseo de Sarasate y el primer ensanche. La nueva línea defensiva comprendía cuatro nuevos baluartes a la italiana: el de Gonzaga, en el actual mirador de Vista Bella, hoy apenas reconocible; el de la Taconera, que todavía puede verse en los jardines del mismo nombre, frente a las piscinas militares; y los de San Nicolás y de la Reina, que fueron derribados hacia 1920. Se abrieron también cuatro nuevos portales: el de Tejería, en 1640, con los escudos del virrey conde de Oropesa que hoy se pueden ver en la puerta de la Ciudadela que da a la avenida del Ejército; los de la Taconera y San Nicolás, en 1666, y el de la Puerta Nueva, en 1675. De estos tres últimos subsiste, cambiado de emplazamiento, el de San Nicolás, cuya fachada barroca da acceso a los jardines de la Taconera por la parte del Bosquecillo. Al pie del escudo con las armas reales de la Casa de Austria, una lápida con la siguiente inscripción:

REINANDO CARLOSII, GO
BERNANDO LA REINA SV MA
DRE, SIENDO BIRREY Y CAPITAN
GENERAL DESTE REINO Y DE GVIPUZCOA
DON FRco TVTAVILA, DVQUE DE SAN GERMAN. AÑO 1666

OTRA inscripción similar –y los correspondientes escudos—se han recuperado el frontis del Portal de la Taconera, desmontado en 1906 y reconstruido en 2002 junto al lugar donde estuvo, entre el Bosquecillo y la pista de patinaje del parque de Antoniutti.

OBRAS EXTERIORES: CONTRAGUARDIAS; REVELLINES Y LUNETAS:

Reinando Carlos II, en 1685, se hicieron los revellines y contraguardias que constituyen las defensas exteriores de la ciudadela hacia la parte de la Vuelta del Castillo. En dos de las contraguardias, la de Santa Isabel y la de Santa Clara, paseando por los fosos, son todavía visibles los escudos de armas del virrey Benavides y sendas inscripciones, en las que se lee:

**REINANDO CARLOS II DE
CASTILLA Y V DE NABARRA
VIRREY Y CAPITAL GENERAL DES
TE REINO DON ENRIQVE
BENAVIDES Y BAZAN DEL CON
SEJO DE ESTADO. AÑO 1685.**

En los años siguientes, entre 1685 y 1700, se terminó la construcción de de dichas obras exteriores con las lunetas de Santa Ana, próxima al portal de la Taconera, y de Santa Lucía, en el extremo opuesto, que ha sido reconstruida hace un par de años, coincidiendo con la construcción de la nueva estación de autobuses subterránea, que ha supuesto también la recuperación como zona , ajardinada del glacis comprendido entre los baluartes de San Antón y El Real y la calle Yanguas y Miranda, desde la que se accede a la estación. La de Santa Teresa, que defendió a la puerta principal, la que da a la avenida del Ejército, apareció con buena parte de su estructura, contraescarpa y puente de comunicación, cuando se excavaron los cimientos del Auditorio. Corresponde también a esta época la media luna de Gonzaga, también llamada de San Roque, en los jardines de la Ta-conera, que luce en uno de sus frentes el escudo de armas del virrey Pignatelli, marqués de San Vicente, nombrado en 1699.

SIGUEN LAS OBRAS CON LA CASA DE BORBON. LOS FUERTES Y LOS NUEVOS BALUARTES

Durante el reinado de Felipe V, primer monarca de la casa de Borbón, el recién creado Cuerpo de Ingenieros, que seguía el modelo del que desde hacía años existía en Francia, llevó a cabo importantes obras exteriores, para aumentar la capacidad defensiva de las viejas murallas del sigloXVI, muy superadas ya por la nueva ingeniería militar de la escuela del Marqués de Vaubán.

Hacia 1730 se trabaja en el fuerte de San Bartolomé, muy bien conservado en la actualidad en el inicio de los jardines de la Media Luna, detrás de la Plaza de Toros, y en el del Príncipe, cuyo basamento de piedra puede verse todavía en el edificio del que fuera Colegio Menor “Ruiz de Alda”, en el estadio Larrabide. También en el de San Roque, cerca del actual club deportivo “Larraina”, que tuvo una existencia bastante efímera. Por los mismos años se construyeron también los baluartes bajos de Guadalupe y del Pilar y el revellín de los Reyes, proyectados para mejorar la defensa del antiguo baluarte del Redín, y de los accesos al Portal de Francia, fortificaciones de gran empaque, características de su época, que no se terminarían hasta 1756, reinando ya Fernando VI. Han sido restauradas acertadamente por la Institución Príncipe de Viana en estos últimos años.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX se elaboraron distintos proyectos, parciales o generales, por parte del Cuerpo de Ingenieros, para la reforma y modernización del recinto amurallado, que en su mayor parte no se llevaron a efecto a causa de su elevado coste. La guerra contra la Convención Francesa; la de la Independencia, en la que Pamplona, ocupada por los franceses, sufrió un largo y penoso bloqueo y estuvo a punto de ser volada por los invasores; el asedio de los Cien Mil Hijos de San Luis, y el nuevo bloqueo puesto por los carlistas en 1874, fueron experiencias más o menos afortunadas, de las cuales se extrajeron las oportunas conclusiones de tipo práctico. La última de ellas puso en tela de juicio la eficacia defensiva de las viejas fortificaciones, iniciándose gestiones a distintos niveles, orientadas a lograr la autorización para su derribo, con vistas al ensanche de la ciudad.

En 1858, los ingenieros Ortiz de Pinedo y Rodríguez Arroquia elaboraron un proyecto de nueva planta, que caso de haberse ejecutado hubiera supuesto la desaparición de las murallas del siglo XVI. A partir de 1878 se inició la construcción del Fuerte de Alfonso XII, en el monte de San Cristóbal, que venía a materializar las nuevas teorías en cuanto a técnicas de fortificación.

HACIA EL DERRIBO DE LAS MURALLAS.

Una Real Orden del año 1888 autorizó el derribo parcial de dos baluartes de la Ciudadela y la inutilización de su foso interior, para posibilitar la construcción del Primer Ensanche de la ciudad. Era el primer paso de un proceso que culminaría uno años después, con la realización de lo que durante mucho tiempo fue el sueño dorado de los pamploneses.

En 1905 otra Real Orden autorizó la reforma y demolición parcial de algunos portales del recinto amurallado, con el fin de dar mayor amplitud a los accesos a la ciudad, que resultaban angostos para nuevos carruajes y vehículos automóviles. Ese mismo año se reformó el de la Taconera, desmontando la antigua fachada barroca con sus inscripciones, y el año siguiente, el de San Nicolás, trasladado más tarde a los jardines de la Taconera, y el Portal Nuevo, que fue reducido a una antiestética pasarela de hierro y no se reedificaría en su forma actual hasta 1950. En 1914 se ensanchó el de la Rochapea, junto al corralillo de los toros, quedando en la forma en que podemos contemplarlo. La antigua lápida y el escudo que lo decoraban se ven hoy en unas de las dos torres del Portal Nuevo.

La ansiada autorización para el derribo de las murallas se logró al fin el 7 de Enero de 1915, siendo alcalde de la ciudad don Alfonso de Gaztelu. La primera piedra se derribó, en medio del júbilo popular, el 25 de julio de aquel año, y en 1921 el derribo estaba prácticamente finalizado. Las fortificaciones que entonces desaparecieron para posibilitar el inicio del Segundo Ensanche iban desde la Ciudadela hasta el baluarte de Labrit, aproximadamente por el solar de las actuales calles de García Ximénez, avenida de Roncesvalles y calle Juan de Labrit, en cuyo espacio se levantaban los baluartes de San Nicolás y de la Reina, y los portales de San Nicolás y Tejería. Esta demolición pudo haberse evitado, ya que el Segundo Ensanche se podía haber trazado salvando las murallas y rodeándolas de un cinturón de zonas verdes. Algo similar a lo que más tarde se haría con la Ciudadela, tras su cesión por el Ejército al Ayuntamiento en 1965, que hoy constituye uno de los parques más concurridos de la ciudad, y en cuyos baluartes y murallas se han llevado a cabo costosas y acertadas obras de restauración.

La parte del recinto amurallado que quedó en pie después de 1921 comprende el fuerte de San Bartolomé, baluarte de Labrit, ronda de Barbazán, baluartes del Redín, frentes de Rochapea y Descalzos, mirador y baluarte de la Taconera y fuerte de San Roque.